

CONVERSATORIO UNIVERSITARIO

1800—1825

RAUL PORRAS BARRENECHEA

Don JOSE JOAQUIN de LARRIVA

SEGUNDA CONFERENCIA
LEÍDA EL 15 DE AGOSTO
DE 1919.

LIMA—1919



D. José Joaquín de Larriua

No va a versar esta conferencia sobre ningún personaje o suceso definitivos, en la intensa historia de los veinticinco años que estudiamos. No tiene la personalidad que voy a diseñar la decisiva influencia política de Abascal o el predominio nobilísimo de don Diego de Cisneros y de Toribio Rodríguez en la renovación intelectual. En los días de la independencia no se mezcla siquiera en los sucesos en los que otros ponían todo su apasionamiento—apasionamiento que costaba muchas veces la vida—y con el que se contraponen en la historia las orgullosas figuras de Sánchez Carrión y de Monteagudo. Literariamente, queda muy abajo de Olmedo y Melgar le sobrepuja por el atractivo regional de sus cantos.

Pero acaso mas que todos ellos, es un representativo y merece esta mirada preliminar. Representativo del peruano de su época, acaso no muy desemejante del actual. Del peruano del segundo decenio del siglo diecinueve, extraño en su mayor parte a la revolución, aun a la misma que se fraguaba en Lima, ridículamente fiel a Fernando VII, cortesano de los virreyes, componedor habilísimo de todos los negocios públicos en las charlas del café y de las esquinas y espectador desde su casa al menor asomo de alboroto, conspirador de palabra, haragán con sueldo del Estado, doctor en la Universidad y portador de la agudeza más picante y oportuna en los labios. Representativo del limeño de su época, de los que no se convencieron de la independencia hasta que se dieron con el ejército de San Martín en las calles, pero que al día siguiente gritaban con la mayor sinceridad y buena fe del mundo: *Viva la patria! mueran los godos!* Representativo del ciudadano ingobernable, merecedor en parte de los dicitos de Le Bon, que al año de la patria clamaría contra el Protector y luego por Bolívar y después contra Bolívar. Encarnación de ese espíritu nacional, demasiado analista y destructor, incapaz de grandes obras pero certero en críticas menudas, descontento, mordaz e irrespetuoso. Tipo de lecriollo hábil para la intriga e inútil para la ac

ción, lleno de audacia moral y de irresistible cobardía física. Representativo en fin del súbdito capitolino, obediente, pero descontento, que en los tres siglos del coloniaje no se rebeló contra uno solo de los virreyes pero que con un mote o un pareado se vengó eternamente de su opresión. Representativo étnico, del críollo en el que se fundieron la apatía indiana con el gracejo andaluz. Es don José Joaquín de Larriua, el clérigo satírico, cuya vida y cuya obra van a ser el objeto de esta conferencia.

II

D. José Joaquín de Larriua, nació en Lima en 1780 y murió en esta misma ciudad el 21 de Febrero de 1832 (1) La época más activa de su vida entra pues dentro del marco de los veinticinco primeros años del siglo XIX.

Fueron sus padres D. Vicente de Larriua naviero y hombre muy considerado por su honradez y generosidad, que tuvo alguna actuación en los días de la independencia, y doña Ignacia Ruiz. (2)

Por estos años de 1780 se inician en la colonia nuevos y saludables rumbos y parecen aflojarse los lazos de la opresión española. La vida intelectual cobra intensidad y prestigio. A pesar de las severas disposiciones sobre el comercio de libros y de la pena de muerte impuesta a los que las infringiesen la nueva cultura europea ha logrado penetrar en la Colonia. La guerra al libro resulta impotente e ineficaz. Las bibliotecas de Lima están muchas veces según el testimonio de Llano Zapata mejor surtidas que las de España. Don Diego de Cisneros, el preclaro geronimita, confesor de María Luisa, ejerce por su valimiento en la Corte, el honroso contrabando de los libros prohibidos. Merced a él, Rodríguez de Mendoza lee y enseña las nuevas doctrinas y el Colegio de S. Carlos se puebla de discípulos inquietos y ávidos de ciencia. José Baquíjano y Carrillo tiene ante el Virrey Jaúregui, el primer gesto viril, anunciador de toda una revolución, al cambiar la usada frase de adulación por una serena protesta que denuncia tres siglos de opresión y de oscurantismo. La América cerrada hasta entonces a las miradas del mundo, comienza a ser visitada por curiosos exploradores y por comisiones científicas. Una real orden prohíbe en pleno siglo XVIII estudiar, observar y escribir sobre

(1) *Mercurio Peruano*.—Nº 1331, 24 de Febrero de 1832.

(2) *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*.—Manuel de Mendiburu—Tomo IV, pág. 386.—*El doctor don Fernando López Aldana ante la historia*. (Réplica al doctor Francisco J. Mariátegui).—Lima 1869—págs. 16 y 20.

materias relativas a las colonias. (3) Pero el Mercurio Peruano se funda contra las reales órdenes para estudiar el suelo y la historia de la patria en gestación. Y el Virrey Gil, se ve obligado a conceder un capítulo de su Memoria a la Historia literaria del Virreynato en el que las leyes de Indias habían pretendido ahogar toda cultura.

La generación nacida en ese ambiente de liberalidad y de curiosidad intelectual, que significó el Mercurio Peruano, habría de ser la más gloriosa de las que en el Convictorio de San Carlos educara Toribio Rodríguez y la que se sentara llena de júbilo patriótico y teniendo a su frente al nobilísimo maestro, en los escaños del primer Congreso Constituyente.

III

Larriva se educó en el colegio de San Carlos, centro en los últimos días del siglo XVIII de la cultura colonial.

La Universidad que no había podido presidir Baquijano y Carrillo, por el delito de profesar ideas renovadoras, llevaba una vida estéril y decorativa, reducida a conferir grados y a recibir suntuosamente a los virreyes.

La vida activa de las aulas y de las lecciones había pasado a San Carlos donde el espíritu animoso del rector Rodríguez, protegido por Cisneros, había reformado el plan de estudios, introduciendo en él las innovaciones reclamadas por el siglo.

La inteligencia de Larriva moldeada para el ambiente retórico del convictorio le conquistó tempranos triunfos en él. Tenía para ello: poderosa memoria, abundosa verbosidad y sutileza dialéctica. Siguiendo una costumbre del Colegio, impuesta por la falta de profesorado idóneo, dictó algunas clases cuando era todavía colegial, enseñando desde entonces las asignaturas de Gramática, Historia, Cronología y Geografía.

En el colegio de San Carlos adquirió el gusto por las ideas liberales que tuvo durante su vida a despecho de su fidelismo colonial. Allí entró en contacto con los futuros pro-hombres de la independencia. De las aulas de San Carlos data su inalterable amistad con Sanchez Carrión el próximo y fogoso tribuno republicano. Siendo colegial fué denunciado a la Inquisición por libertino y leer libros prohibidos. (4)

(3) *La Vida intelectual en la América Española*.—Vicente G. Quesada—Buenos Aires, 1917—págs. 13 y 49.

(4) *Anales de la Inquisición de Lima*.—Ricardo Palma—(Apéndice a las últimas tradiciones peruanas, pág. 507).

En la Universidad optó los grados de doctor en cánones y leyes y el de maestro en artes y ocupó la cátedra de Prima de Sociología, creada por Abascal en 1815. (5)

En la Universidad y en San Carlos ocupó Larriva lugar eminente. Fué hombre de gran saber, con esa variedad de conocimientos que proporcionaba la educación humanista del Colegio de San Carlos y que él había profundizado vastamente. Su autoridad en historia, en mitología, en literatura y en estudios clásicos era muy acatada. Comolatinista gozaba fama de serlo muy versado y de manejar muy lucidamente la clásica lengua en prosa y verso. Pero en la ciencia que más descollaba, en la que alcanzó autoridad poco común y de la que escribió una extensa y erudita obra, hoy desaparecida, fué en la Geografía. (6) Por tales méritos el claustro universitario tuvo para él particulares distinciones y le honró varias veces con su representación en los torneos de la palabra a que daban lugar los suntuosos recibimientos de virreyes y arzobispos.

Pocos se amoldaron más al espíritu universitario de su época, que D. José Joaquín de Larriva. Fué un solemne y enfático doctor atosigado de latín y de petulancia, infalible en sus afirmaciones, acre e intransigente en sus críticas, hinchado en sus discursos y lleno de vana afectación en sus maneras.

IV

Terminada su educación literaria en el Colegio de San Carlos adoptó Larriva la profesión religiosa. Su vida posterior demuestra que no le llevó a ella verdadera vocación, sino que siguió las inspiraciones de su época.

En 1807, se le encuentra como colegial maestro de San Carlos, pronunciando el elogio de Abascal y por encargo de este mismo virrey la oración fúnebre de la princesa María Antonia de Borbón, en cuya memoria se ordenaron celebrar exequias en todas las ciudades y villas del Virreynato.

Cortés asegura que en 1809 emprendió viaje a España para prestar sus servicios a la Junta Central de Madrid, organizada después de la invasión de Napoleón y de la prisión de Fernando VII. No habiendo conseguido su objeto regresó al Perú.

La situación del Virreynato en esos días era de gran inquietud espiritual debida a la intensa agitación revolucionaria. Abascal con incansable tino, agotaba los caudales públicos en sostener con frecuentes donativos al exhausto tesoro español y en combatir

(5) *Vida intelectual de la Colonia*.—Felipe Barreda y Laos—Lima, 1909, pág. 392

(6) En el artículo necrológico publicado por el Mercurio Peruano a la muerte de Larriva se dice que esa obra constaba de 30 volúmenes.

la naciente independencia en el Alto Perú, en el Ecuador, en Chile y en el Río de la Plata. Pero actividad y energía tantas no eran bastantes sino para contener momentáneamente el aluvión revolucionario. Y en la misma capital centro de sus operaciones y a sabiendas del Virrey y de su policía, cuyas linternas alumbraban los rostros de los conspiradores, se fraguaban planes de independencia. En la fonda del Caballo Blanco y en el Café del Comercio había quienes se atrevían a hablar en alta voz de libertad. Teorías subversivas se agitaban en los claustros de San Carlos y de San Fernando y surgían confabulaciones en las celdas de frailes reaccionarios. Las Cortes de Cádiz, abrían un paréntesis al absolutismo de Fernando VII y echaban al surco abierto de la independencia la semilla de todas las libertades. La prensa alentada por la libertad de pensamiento, declarada en 1810, contribuía a caldear los espíritus con promesas de igualdad y tímidas iniciativas de mejoramiento. El Virrey apenas podía sofocar sus avances, contrariando su circulación o embarcando bajo partida de registro a los más declamadores. El 3 de setiembre de 1813 el pueblo de Lima penetraba en el oscuro recinto de la Inquisición y hacía auto de fé definitivo, con horcas, cepos y demás instrumentos de suplicio. Los cuerpos de ejército, perdida la confianza en el monarca o contagiados del espíritu de libertad, se sublevaban, pero la sola presencia de Abascal bastaba para terminar el motín.

Diez años contuvo así Abascal la efervescencia revolucionaria y natural es que tan extraordinario carácter lograra prestigio y popularidad grandes. Su autoridad sabía imponerse no sólo por el imperio de la fuerza sino por la astucia del halago. Sus proclamas saludaban a la fidelísima ciudad del Rey y un decreto sagaz creaba el Regimiento de la Concordia entre americanos y españoles, para atraer la vanidad de los criollos deslumbrados con el brillante uniforme verde y encarnado.

Natural es que alrededor del Virrey se reuniera un grupo de hombres selectos, reconocedores de su capacidad y partidarios de su gobierno autoritario pero provechoso. Mantenía ese grupo la adhesión a la metrópoli y a Fernando, y sostenía las ideas liberales de la constitución del año XII. Estaba formado por hombres de superior prestigio: Baquíjano, Cisneros, Unánue, Pezet, Devoti, Larrea y Laredo, Valdéz. Baquíjano era el presunto jefe de este partido al que algunos llamaban carlotino, por la influencia que se creía tenía en él la princesa Carlota Joaquina del Brasil, otros constitucional y que Vicuña Mackenna titula, peruano-español. (7) Fueron los miembros de este partido mantenedores de la

(7) *La Revolución de la Independencia del Perú, desde 1809 a 1819*—B. Vicuña Mackenna—Lima, 1860—pág. 151.

adhesión a los Borbones y de la oposición a las ideas de independencia alimentadas por algunos. Defendieron a Abascal en la prensa contra los ataques de los liberales exaltados y dieron buenas pruebas del respeto que les merecía, abandonando algunos de ellos los conciliábulos patrióticos a que asistían por una sola indicación del Virrey.

Larriva fué de los más ardientes admiradores del Marqués de la Concordia. Calor de sinceridad y entusiasmo de adicto hay en su elocuente elogio de Abascal y en las dos arengas que le dirigió a nombre de la Universidad.

Abascal debió concederle a su vez estimación y gratitud porque en 1812 le otorgó el honorífico título de Capellán del Regimiento de la Concordia (8) y fué seguramente por su influjo que obtuvo en 1815 la cátedra de Prima de Sicología.

La libertad de imprenta había determinado la aparición de una gran cantidad de papeles periódicos cuya influencia tenía que contrarrestar el Virrey protegiendo una prensa adicta. Larriva fué un excelente colaborador para ese fin. De 1811 a 1814, fecha del restablecimiento del absolutismo de Fernando, editó Larriva varios periódicos de distinta índole.

Fué el primero *El Cometa*, que tenía por objeto ridiculizar las teorías de *El Peruano*, periódico de avanzadas ideas liberales que redactaba don Gaspar Rico y Angulo. La causticidad y el ingenio de *El Cometa* debieron ser grandes, porque de su aparición data la fama satírica de Larriva. Publicación risueña, fruto del buen humor del clérigo carolino, *El Cometa*, apareció eventualmente a raíz de cualquier suceso ruidoso, desde 1811 a 1814. No he logrado leer un solo número de esta publicación que conozco sólo por referencia, (9) por no existir en la Biblioteca Nacional. Vicuña Mackenna asegura que Larriva fué redactor de *El Verdadero Peruano*, periódico que debió proteger Abascal, para combatir también las ideas de *El Peruano*. (10)

De más seriedad que *El Cometa* fué el periódico, que asociado con don Félix Devoti, publicó Larriva con el nombre de *El Argos Constitucional*. (11) *El Argos* fué pesado y doctrinario, como ligero y personalista había sido *El Cometa*. Su objeto, decía el Prospecto, era el de explicar al pueblo la constitución española.

(8) Mendiburu—Ob. y pág. cit.

(9) *El Peruano*—Nº 32, 21 de Abril de 1812—*El Argos Constitucional*, Nº 7—*El Investigador* Nos. X, XXII, XXIX y LXIX del Tomo II y Nº 20 del Tomo III.

(10) Vicuña Mackenna, ob. cit., pág. 148.

(11) *El Argos Constitucional*—Ijima, 1813—Nº I, 7 de Febrero, hasta — 7, 21 de Marzo.

Sólo 7 números aparecieron de este semanario que en su corta vida tuvo que sostener una polémica menuda con el *Anti Argos*, en el que enemigos de Larriva habían escrito, con no poca razón, que el papel de este era "un periódico nuevo formado de pedacitos de libros viejos."

En 1813 aparece un periódico *El Investigador* editado por don Guillermo del Río. (12)

El Investigador revive pormenorísticamente la vida de la ciudad y merece que le dedique alguna atención. La vida limeña de esos días está reflejada en sus páginas. Reviven los tipos característicos y las costumbres inveteradas. Una sensación de flojedad, de holgazanería burocrática, de ñoñería espiritual se exhala de la Lima de entonces a través de las páginas de este diario diminuto. Es una sensación semejante a la que Azorin ha reflejado de los jardines de Castilla. Sensación de abandono, de vejez y de laxitud. Como en el cuadro de Azorin: fuentes de piedra con el agua verduosa y estancada; faroles retorcidos y polvorientos con los cristales rotos; jardines abandonados invadidos por la maleza, el suelo guijarroso y desigual. Por todas partes la exhibición muda de la pereza castellana.

No era Lima la ciudad encantada, mística y olorosa que nos pinta la colorista historia de Vicuña Mackenna. La ciudad que brota de estas páginas era pobre, sucia, destartalada y oscura. El incienso no era suficiente para dominar el hedor de las calles, convertidas en muladares, por la falta de vigilancia y la indiferencia de todos. Las acequias mal olientes se desbordaban a menudo. Una bestia de carga, un famélico can expiraban en la vía pública y no había por muchos días quien retirara de ella los fétidos despojos. Alguno construía una casa y los materiales y los desperdicios invadían la calle. En la noche la ciudad quedaba en tinieblas. Los vecinos no obedecían las ordenanzas que imponían la obligación de mantener una luz en los muros de sus casas. Los transeúntes nocturnos eran atacados por los bandoleros. Cuadrillas de estos se presentaban a veces audazmente en las mismas casas, sin que la fuerza organizada en el barrio llegara a tiempo. Por todas par-

(12) *El Investigador*—Lima, 1813-1814—Imp. de los Huérfanos por don Bernardino Ruiz—Editor: don Guillermo del Río. N.º I, del Tomo I, 1.º de Julio, hasta N.º 142, 20 de Noviembre de 1814, que debe corresponder, ordenándolo por bimestres, al Tomo VIII. Paz Soldán en su Índice de Publicaciones Periódicas, se equivoca en las fechas, dice que el periódico fué bise-manal y que constaba de 8 páginas. Patrón, rectificando a Paz Soldán, en el Ateneo, dice que fué diario y que se publicó hasta el 31 de diciembre de 1814.—*El Investigador* fué diario, con 4 páginas, hasta el 1.º de Marzo de 1814 en que se hizo interdiario, con 8 páginas, y volvió a aparecer diariamente, con 4 páginas, desde el 1.º de Junio de 1814 hasta su extinción.

tes el mismo descuido público, la misma falta de espíritu de empresa, la misma ignorancia del bien general, la misma incuria administrativa.

Idéntico abandono en el orden moral. En las oficinas públicas, esa tardanza española, encarnada en los trámites, en las dilaciones y en los plazos inacabables. En la administración de las rentas, el desorden y el fraude. Económicamente, la desorganización y la explotación descaradas, la protección de las clases parásitas. Las comunidades zánganos disfrutaban pingües rentas. El Santo Oficio confiscaba los bienes por una herejía. Era más provechoso ser provincial de un convento que comerciante o minero. En los capítulos conventuales se gastaba como ahora para una diputación. El clero no obedecía a sus reglas ni respetaba sus votos; concurría a los toros y a toda clase de diversiones. El escándalo de zambas y mulatas era frecuente en los conventos de mujeres.

La enseñanza ofrecía idéntico decaimiento. El memorismo, la rutina y la palabrería vacua, eran sus normas. Se educaba para la disputa, para la competencia literaria. En la literatura dominaba el servilismo y la ignorancia. Por toda prensa, La Gaceta, con sus extensas y pesadas reproducciones de artículos políticos o sobre sucesos extranjeros. Nada original, nada propio, nada de aquí, de lo que tenían delante de sus ojos.

Esta es la Lima que refleja *El Investigador* y contra la cual reacciona provechosamente. *El Investigador* se propuso mirar las cosas que tenía cerca, para extirpar los abusos y corregir las pasividades vecinales. El plan de este periódico decía el prospecto "será muy distinto de cuantos hasta ahora han visto aquí la luz." Su fin "facilitar el giro doméstico y comunicar con brevedad y exactitud las ocurrencias de esta capital." En su labor trataba de "acercarse a las primeras avanzadas de la superstición y el fanatismo."

El Investigador representa un adelanto para el periodismo y para la cultura. Su propósito se cumplió tal como lo anunciaba el prospecto aunque de manera algo detallada y personalista. Sus cuatro paginillas llenas de comunicados rebosaban maledicencia. En ellas se ocultó Larriva bajo innumerables seudónimos fustigando las costumbres de la vida colonial. Por esos comunicados reviven los personajes típicos y las incidencias características de la vida de la ciudad:

El sabio catedrático de matemáticas que pone en alarma a la población con el anuncio de un temblor. Un bellaco editor que usa una medalla estupenda sobre su casaca dominguera. Un Padre nardián que pasea por la Alameda en calesa muy bien colchada,

mientras que la comunidad camina con los zapatos rotos. El bibliotecario de la Universidad que tiene cerrada la biblioteca por que se dedica a la astrología. El Padre Porras que hacía inclinarse en una procesión el anda de Santa Rosa ante el café donde le daban el chocolate gratis. Un médico que curaba todas las enfermedades con pomada. Las procesiones y cofradías que recorrían las calles solicitando limosnas que después servían para escandalosos festejos. La sonada supresión del Santo Oficio. Y así interminablemente.

Eran estos los sucesos que llamaban la atención pública y a menudo se sostenía sobre ellos acalorada polémica. Siempre había un “defensor de la verdad” o “amante del patriotismo u “observador imparcial” que provocaba la discusión. Larriva era incansable sostenedor de ellas.

Por eso era el alma del *Investigador*. Todo lo que en él se publicaba sufría su influencia según propia declaración del editor. No es pues cierta la aserción hecha por Polo de que este periódico fué redactado por Ruiz. (13)

El Investigador apareció por un año entre 1813 y 1814. Su colaboración en el mejoramiento cultural fué muy intensa. No puede criticársele la forma hiriente y personal de sus ataques. Una sociedad decaída, perezosa e indiferente, necesita de esas inyecciones punzantes.

La sociedad de esa época tuvo los dos hombres que necesitaba. Abascal, el virrey enérgico y sagaz, cuyos bandos organizaron la policía y la higiene, y cuya actividad remozó la ciudad envejecida e introdujo fuerzas nuevas, fué el primero. Larriva, el travieso espíritu limeño, con sus saetazos de *El Cometa* y del *Investigador* fué acaso colaborador más eficaz que cualquier grave consejero en la labor de adelanto, de iniciativa comunal y en el espíritu de empresa que demostró por primera vez en la colonia, el gobierno de Abascal y que fué el preparador de la autonomía.

Al mismo tiempo que en el periodismo ejercitaba el satírico su ingenio en los listines de toros. La celebridad de las listas data del tiempo de Larriva. Tuvo lamentable multitud de imitadores, de modo que hoy no es fácil saber cuales fueron las listas debidas a su pluma. La mayor parte se han perdido quizás y entre ellas una muy festejada entonces, llamada la *Piti lista*. (14)

Durante los últimos años del gobierno de Abascal y en la administración de Pezuela Larriva siguió disfrutando del favor oficial. Ocupó la tribuna sagrada en solemnes actuaciones y pronun-

(13) *El Investigador*—Nos. 38 y 53—Tomo III.

(14) *El Investigador*—Nos. 10, 17 y 27 correspondientes a Enero de 1814—Tomo IV.

ció el elogio de Pezuela. En 1819—y es ya el año de las gloriosas correrías de Cockrane—es todavía un partidario de los españoles. Pronuncia ese año la oración por los muertos en la Punta de San Luis, llena de bíblicas vociferaciones contra los victimadores de los soldados españoles. Ese mismo año Pezuela lo nombra editor de la Gaceta Oficial, en la que hasta las vísperas de la independencia, escribe rasgos editoriales haciendo ver los horrores que sufren otros pueblos engañados por las promesas de libertad y llama al caballeresco Almirante de la hazaña de la Esmeralda, “el abominable Cockrane.”

V

LA POLÉMICA CON RICO Y ANGULO

Nada se conoce de la vida de Larriva en relación con la campaña de la independencia. Todo hace suponer que fué refractario a ella. En agosto de 1821, mientras la agitación patriótica llenaba los ánimos, él se ocupaba en satirizar en *El Nuevo Depositario* (15) a un personaje risible y sin importancia, sin que en sus escritos pudiera vislumbrar un lector no versado, que fueron trazados en los días álgidos de la independencia.

“El Nuevo Depositario” de Larriva tenía por objeto satirizar a don Gaspar Rico y Angulo estafalario periodista español, que a pesar de sus ridiculeces, gozaba de posición espectable cerca de los virreyes. Rico y Angulo había sostenido el año de 1811 en el periódico “El Peruano”, avanzadas doctrinas liberales, por las que Abascal le desterró. Pero vuelto al Perú, en vez de aparecer enfiados sus entusiasmos por la causa española, tomó la defensa de ella, en *El Depositario*.

Se había hecho célebre este periódico por sus desvergüenzas y obscenidades. Vicuña Mackenna lo llama “especie de cloaca ambulante que se llamó “El Depositario” como pudo llamarse setina o basurero.” (16) Hablaba Rico en los escritos de su periódico en un estilo pedantesco y enrevesado con giros de escribanía o de curia eclesiástica, usando el pronombre “nos” para designarse a sí mismo. Se esforzaba en buscar los títulos de las secciones de su periódico excesivamente amanerados. No era menos alambicado en los giros de su lenguaje campanudo y afectado de arcaísmo.

Rico salió de Lima con los españoles el 6 de julio de 1821. Larriva en los seis números de su *Nuevo Depositario* gozosamente recibidos en Lima, se ocupa en describir la marcha de Ri-

(15) *El Nuevo Depositario*, eventual—Lima, 1821—Nº 1, el 13 de Agosto, hasta Nº 6, 15 de Diciembre.

(16) Vicuña Mackenna, ob. cit., página 145.

co a la sierra, llevando a cuestras sus bolas de lotería y la imprenta de “El Depositario”, cuya publicación continuaba.

La parodia de “El Depositario” está hecha con gran humor y sutileza. Larriva se apodera del asendereado periodista y de su jerga característica, para vapulearlo con ella misma, reforzada con todas las artes de su caústico ingenio. Entre párrafo y párrafo de su relación le dedica décimas jocosas como ésta:

O genio el mas peregrino
Que ha producido la España
Y que estas hoy en campaña
Montado sobre un pollino;
Quiera Jupiter divino
Ya que te vas y nos dejas,
Que te maldigan las viejas
Desde el lunes al domingo
Y que el burro dé un respingo
Y te eche por las orejas! (17)

Sobresalen por su gracia en el “Nuevo Depositario”, el diálogo entre Rico y su jumento, en que el borrico, al enterarse del personaje que lleva a cuestras, resuelve echarlo por los aires; y la relación de las fiestas que se hacen a Rico, a su llegada a Huancavelica de la que es nombrado Intendente y en ejercicio de cuyo cargo expide un decreto haciendo uso de once apellidos.

A propósito de esto dice el satírico:

Angulo, Tórres Querejazu y Ricio
Reynares, de Lovera, Ruiz y Tricio
Villasana, González y Aragón
Once cosas parecen y una son.

El once nada tiene de indecente
Por más que llamen once al aguardiente. (18)

En honor del nuevo Sancho de la insula el pueblo prepara agasajos entre los que sobresalen una misa de acción de gracias en la que el Reverendo Pico de Oro pronuncia un campanudo sermón, que revela el franco humorismo de Larriva, pues el gerundiano trozo que pone en boca del predicador huancavelicano, es una alegre parodia de sus propios sermones, que nadie mejor que él podía hacer, usando desfigurados sus mismos recursos y giros oratorios.

(17) Documentos literarios—Odrizola, pág. 68.

(18) Doc. lit.—Odrizola, pág. 99 y 103.

La semejanza llega hasta usar de sus mismos efectistas retruécanos: “Cualquiera confunde dice el orador—refiriéndose al Rey Mago—a un Gaspar con otro Gaspar y cree que el Intendente de Huancavelica fué uno de los Magos, o que uno de los Magos es hoy día Intendente de Huancavelica” que recuerda uno de los tantos párrafos de su oratoria como este del elogio de Abascal: “VE. era un discípulo digno del Conde de Aranda y el Conde de Aranda un maestro digno de VE.” (19)

Durante la campaña de la independencia “El Depositario” acaso Gaceta Oficial en los linderos de la Intendencia, agotó sus soeces insultos contra los patriotas. De los más pulidos ataques de Rico y Angulo, citaré una cuarteta, escrita después del desastre de Moquegua y dedicada al Congreso que dice:

Congresito como vamos
con el tris tras de Moquegua
De aquí a Lima hay una legua
Te vas? Te vienes? Nos vamos? (20)

A lo que Larriva, contestó un año después al tenerse noticia del triunfo de Ayacucho:

¿Has oydo Rico el tris tras
que en Ayacucho ha sonado?
Dí pues eres asentado
¿Te quedas? ¿Vienes? o ¿Vas?

y en esta otra forma:

Ya murió El Depositario
al ruido de este tris tras
Pobre Rico! ¿Ahora que harás
con tu genio atrabiliario? (21)

Es fama sin embargo que el Depositario siguió publicándose dentro de los castillos del Callao, en los que Rico se había encerrado, y donde murió, a consecuencia de la peste, en 1825. Larriva publicó entonces *La Nueva Depositaria*, (22) con burlescos epítafios a su memoria, como este en versos de cabo roto.

[19] Doc. lit.—Odriozola, págs. 106 y 179.

[20] Vicuña Mackenna, ob. cit. pág. 106.

[21] N^o 329—Colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional.

[22] *La Nueva Depositaria*—Lima, 1825, un solo número.

Aquí un tremendo enjambre de gusanos
Hinca feroce su agusado diente
en el cuerpo de aquel que el suyo infa-me
en las almas hincó de tantas gen-tes.
Aquí yace podrido Villasa-na
saltad, o pasajeros de conten-to
ya de la activa se volvió en pasi-va
¿Le visteis mordedor?—Vedle mordi-do. (23)

A la polémica con Rico y Angulo pertenece la Angulada, poema heroico—cómico de que me ocupare más adelante.

VI

Aunque en el Nuevo Depositario no dejara traslucir Larriva sus sentimientos respecto a los españoles, es indudable que ya estos habían cambiado. Su actitud contra Rico que se retiraba con el ejército realista es buena prueba de ello. Su adhesión a la independencia debe pues datar de la entrada del ejército de San Martín a Lima. El primer acto público de su adhesión a la nueva causa, no lo encuentro sin embargo, hasta 1824, en que aparece en Huamanga pronunciando la oración por los héroes de Junín, en solemnidad presidida por un amigo fraternal suyo, José Sánchez Carrión. Ministro de Bolívar. Dos años más tarde pronuncia en la Universidad el elogio de Bolívar, colmándolo de exagerados loores.

La contradicción es evidente y ha sido bastante mal juzgada. El arengador de virreyes resulta ahora fervoroso patriota. Desde los mismos estrados de la Universidad en que había pronunciado la admirable apología de Abascal, pronuncia el hiperbólico elogio de Bolívar y la voz que había pedido castigo para los victimadores de la Punta de San Luis, ruega ahora por los valientes de la patria que cayeron en los campos de Junín. Hasta las palabras de los elogios coinciden. A Pezuela y a Bolívar les dijo en afectadas frases que si ellos mismos no escribían, como César, la relación de sus hechos de guerra, no habría quien acertara a describir tales hazañas. (24)

Larriva ha explicado el mismo y muy ladinamente su actitud, en la dedicatoria a Bolívar de la oración por los héroes de Junín. Dice allí que los que clamaban por libertad en los primeros días de la independencia “no trataban de quitarnos el yugo de España, sino para imponernos otro más pesado y entronizar en nuestro

[23] Doc. lit.—Odriozola, pág. 116.

[24] Doc. lit.—Odriozola, págs. 220 y 360

suelo el despotismo y tiranía.” Que Bolívar había venido a disipar esos errores y a establecer “la patria verdadera y la verdadera libertad.”

No fué esa sin embargo la verdadera razón de su retraso. Larriva fué un sincero adicto de los virreyes y de la autoridad de España. La autonomía le debió parecer sinceramente descabellada y precursora de la anarquía y de la disolución. Sinceramente hablaba en sus oraciones, con esa ira sagrada con que otros predicadores hablan del infierno, “de ese ídolo encantador que llaman libertad” y llamaba a los patriotas “los caníbales de América.” (25) No podía tampoco ser otra la opinión de un clérigo, por añadidura doctor en San Marcos y favorito de los virreyes.

La contradicción evidente, pero no del todo censurable, fué la que ofreció, poco tiempo después del alejamiento de Bolívar, con aquella atrevida cuarteta:

 Pero aun fuera de esto
 El tal San Simón
 Nunca ha sido santo
 De mi devoción

Hay que recordar sin embargo, para aminorar la censura, que la cuarteta fué escrita cuando la amenaza de la guerra con Colombia, cuando llegaban a Lima las incitadoras proclamas del general Flores y Larriva volvía trizas en “El Telégrafo” al iliterario héroe de Miñarica.

La evolución política de Larriva es perfectamente justificable. Fué de los espíritus que, a pesar de su liberalismo, no comprendieron la independencia, pero que tuvieron que capitular ante la realidad, como los generales de España capitularían años más tarde en Ayacucho. Los fracasos y traiciones de los primeros años no eran tampoco muy favorables al sistema republicano. Bolívar vino y su incansable energía superó todo los obstáculos y venció todas las pasividades. Pocas eran entonces todas las frases de un elogio, por hiperbólicas que fuesen, para la gloria del que acababa de vencer en Junín y Ayacucho. Pero después siguió la insoponible tiranía colombiana y la imposición de una carta constitucional rechazada por todos. La gloria del héroe sufría el inevitable oscurecimiento. Entonces Bolívar fué detestado y se reputó un crimen ser *vitalicio*.

Larriva siguió los naturales vaivenes de la opinión. Por otra parte su filosofía alegre y decepcionada, había penetrado el verdadero y desidealizado sentido de las cosas, participando de la opi-

[25] Doc. lit.—Doc. lit.—Odriozola, págs. 324 y 330.

nión de aquel que en la tienda de Ayacucho escribió debajo de la pomposa frase "Último día de despotismo", el aditamento famoso "y primero de lo mismo." Acaso su mejor declaración principista es esta décima:

Cuando de España las trabas
En Ayacucho rompimos,
Otra cosa más no hicimos,
Que cambiar mocos por babas!
Nuestras provincias esclavas
Quedaran de otra nación
Mudamos de condición,
Pero sólo fué pasando
Del poder de don Fernando
Al poder de don Simón. (26)

Después del elogio de Bolívar, no vuelve el clérigo a subir a la cátedra sagrada. Sólo se le encuentra en las agitadas luchas del periodismo y de los comunicados y se guardan anécdotas de su vida en el animado ambiente de los cafés limeños.

VII

LOS CAFÉS LIMEÑOS

Larriva había vestido las ropas talaras sin tener vocación religiosa, siguiendo la única dirección que la vida colonial proporcionaba a los que pretendían una figuración intelectual. Alguien ha dicho que la Universidad era solamente una fábrica de clérigos. La carrera eclesiástica tomada como medio, se prostituyó innoblemente. La depravación y el libertinaje del clero en el siglo XVIII de la que dieron testimonio Juan y Ulloa, continuaban. No es de extrañar pues que nuestro clérigo hiciera abstracción de sus votos de castidad y llevara una vida desordenada e incélibe, dada al culto liviano del buen vino y del buen amor, como el viejo Archipreste, y que al lado de su fama de orador y de hombre de ciencia, se formara, paralelamente, una reputación escandalosa y maledicente nacida en cafés y en jaranas tumultuosas.

Lugares de reunión de los limeños por los últimos años de la colonia eran los cafés. Anónimo escritor del Mercurio Peruano asegura que el primer café público se estableció en Lima en 1771, en la calle del Correo Viejo. (27) Después se propagaron mucho

[26] Doc. lit.—Odriozola, pág. 132.

[27] *Mercurio Peruano*—Edición de Fuentes, 1864—Tomo VIII, pag. 318.

los establecimientos de esa índole constituyendo una nota característica y muy propia de la ciudad. Hubo el café de las Animas en la calle de Judíos, el café del Puente y el más célebre de todos el de Bodegones.

Era el aspecto de los cafés pobre y desaseado. Unas cuantas mesas y sillas, un mostrador para el expendio de licores y unas pocas lámparas constituían todo su mobiliario. Además del café se servían licores, helados y refrescos. En los días de regocijo público, se llevaba música a los cafés y había danzas que atraían gran concurrencia.

Pronto adquirió el café su fisonomía española, de lugar de holgazanería, de bebida y de charla. El café suplió la falta de instituciones de nuestra pobre vida colonial. Fué oficina para el burócrata instintivo y desocupado; parlamento para el verboso sin aulitorio; club para los descansados comerciantes; y como redacción de diario para los rebuscadores de chismes y noticias. Fué también dice Mendiburu el lugar para leer y comentar la *Gaceta*, ocuparse de novedades y sostener conversaciones sobre las materias que ocurrían y llamaban la pública atención. “El café de Bodegones era desde 1820 hasta que desapareció conocido con el nombre de *Mentidero* pues era el lugar donde tenían origen todos los embustes o bolas políticas.” (28)

Larriva era tertulio incorregible de los cafés y tenía en ellos fama de chistoso repentista y de invencible discutidor. Cuando la lógica sofística aprendida en San Carlos no acudía en su defensa o fallaba el latinazgo campanudo, una agudeza desarmaba y ponía en pública fuga a su contrincante. Una anécdota basta para revivir ese aspecto. La trae don Ricardo Palma, (29) y aunque yo sé muy bien que ella no es del todo cierta, tiene como todas sus tradiciones, esa verosimilitud, en relación con el ambiente y con los personajes, que es muchas veces más cierta que la historia.

Refiere Palma que Larriva y un clérigo Echegaray eran contertulios del café de Bodegones. Larriva era conocido en ese lugar con el nombre del “cojo Larriva”, a causa del reumatismo que sufría en una pierna y Echegaray con el mote de “Tinaja”, debido a su excesiva gordura.

“Charlando una noche—dice Palma—sobre sucesos o partidos políticos contestó Larriva: — Puede que así sea. El potest ni los teólogos lo rechazan. Nihil difficile est. Y levantándose de la silla se dispuso a salir del café.

(28) *Revista Peruana*—Vol. II, pág. 127.

(29) Mis últimas Tradiciones Peruanas—Ricardo Palma, Barcelona 1906. *De gallo a gallo*, pág. 191.

Échegaray lo detuvo, largándole a quemarropa este trabucazo:

Sí nihil difficile est
según tu lengua relata
enderézate esa pata
que la tienes al revés.

Una salva de palmadas acogió la feliz redondilla. Larriva tomó vuelo, se terció el manteo y poniendo la mano sobre el hombro de su rival en Apolo, contestó al pelo:

Cuando Dios hizo esta alhaja
tan ancha de vientre y lomo
no dijo faciamus homo
sino faciamus tinaja.”

Como esta fueron incontables las veces que el clérigo limeño derrochó su ingenio en fáciles rimas de las que no queda sino el sonriente recuerdo transmitido por sus contemporáneos.

VIII

LA POLÉMICA CON DON FELIPE PARDO

En 1828, recién llegado a Lima don Felipe Pardo, publicó en unión de don Antolín Rodulfo algunos artículos juzgando las representaciones teatrales que se daban en nuestro coliseo. Larriva, que hasta entonces había ejercido omnipotentemente, el monopolio de la crítica, contradijo burlescamente las apreciaciones de los jóvenes censores del teatro, produciéndose una polémica, que duró algunos meses, en la que de ambos lados llovieron agudas ironías y atrevidos sarcasmos. Extensamente he de ocuparme, en otra ocasión, de esta polémica que aquí no ocupa sino un lugar incidental. Desde estos primeros osados ataques a su sabiduría, guardó Larriva un secreto resentimiento contra el joven y elegante aristócrata, resentimiento que se manifestó en continuas y reñcorosas alusiones a los primeros versos que Pardo publicaba entonces.

La polémica volvió a revivir, y esta vez en tono muy agrio, en 1830. Larriva escribía en el *Mercurio Peruano* y Pardo en *La Miscelánea*. Se agregaba a la rivalidad literaria una competencia periodística. Pardo censuraba a Larriva porque llenaba su periódico de noticias sobre viajes y disertaciones sobre geografía, mitología o historia, ciencias por las que el viejo clérigo guardaba irresistible apego. Larriva a su vez atribuía a Pardo copiarse íntegra-

mente el Repertorio Americano en *El Conciliador* y ser un plagio. El origen de esta segunda polémica fué un comunicado que apareció en el *Mercurio Peruano*, firmado por Z. K. Hueso, criticando la Elegía a Joaquina, publicada por don Felipe Pardo a raíz de la muerte de una aristocrática dama limeña. La poesía de Pardo, noble en su pensamiento y en su ejecución, no merecía la crítica literal y enconada que le hacía el comunicado. Pardo llevaba pues una ventaja ante el público: la de la injusticia de la crítica, y al día siguiente de la aparición del comunicado, desmascaró a Larriva, dirigiéndole una carta abierta en que le demostró los errores de su crítica y la inoportunidad de ella, carta que terminaba en estos términos entre corteses y agresivos:

“Dispéñseme Ud. amigo que en esta primera carta haya abusado de su bondad, robándole el tiempo precioso que tal vez tendría dedicado al itmo de Hexamillón, al Quersoneso de Tracia o a la laguna Meotes. Dispéñseme Ud. repito y mándeme como SS. Q. B. S. M.—*Felipe Pardo.* (30)

Larriva protestó al día siguiente no ser el autor del comunicado, pero defendió la crítica e hizo suyas las afirmaciones, con lo que quedó probada la paternidad del artículo.

El clérigo en su contestación agradeció irónicamente los calificativos que Pardo le había obsequiado en su carta:

“Me llama Ud. doctor benemérito, geógrafo insigne, distinguido escritor, y lo que es aún para mí de más valía amigo suyo; obra todo de su alta dignación sin que tenga la parte más pequeña, merecimiento mío, pues quien soy yo, miserable de mí, para ser así loado y ensalzado por la melíflua boca del Cysme Peruano.” (31)

Pardo no dió respuesta a la carta de Larriva, limitándose a poner un aviso en su periódico burlándose de su contendor. La indignación de Larriva se desbordó entonces en los comunicados y diálogos del *Mercurio*. No teniendo con que agobiar a su rival lo ridiculizó en su figura y en la elegancia según él, afeminada de su traje y descendió briosamente al terreno personal. Pardo no contestó pero se deja entrever que le hizo sentir la fuerza de sus puños intimidando al clérigo perezoso. La controversia literaria no podía quedar allí y Larriva encontró nueva ocasión de zaherir a Pardo con la representación de *Los Frutos de la Educación* estrenada en esos días. La crítica de Larriva se acogió a la defensa de los limeños y las costumbres nacionales que decía vulneradas por el que él consideraba irreverente petimetre. En esta parte de la polémica, la más feliz para el clérigo y la que más celebridad alcan-

[30] *La Miscelánea*.—Nº 35—Martes 27 de Julio de 1830.

[31] *Mercurio Peruano*—Nº 871—29 de Julio de 1830.

zó, la pluma de Larriva escribió salados diálogos, motejó a Pardo con el nombre de Bernardito, héroe de la comedia "Los Frutos de la Educación", tipo de petimetre insustancial, dilapidador, holgazán y presumido. Imaginó una segunda parte de "Los Frutos de la Educación", en la que se enviaba a Bernardito a España, para que con el solo hecho de cruzar el Atlántico, regresara más lleno de ciencia que los más estudiosos doctores de la Universidad, y dedicó cantos y letrillas al Atlántico y a Bernardito por el estilo de éste.

Ven Bernardito a regar
El patrio suelo querido
Con las luces que has bebido
En el Atlántico mar.
Ven Bernardito a abismar
Al que estudió en el Perú
Con lo que estudiaste tú
En el Atlántico mar.

.....
Ven Bernardito a enseñar
Nuevas costumbres y usos
Con tus talentos infusos
En el Atlántico mar.
Ven Bernardo a desterrar
Añejas preocupaciones
Con las que oíste lecciones
En el Atlántico mar. (32)

Pardo se defendió publicando una explicación de su comedia, pero el público criollo estaba ya convencido de que Pardo era un antipatriótico censor de las cosas nacionales y por mucho tiempo subsistió contra este la desconfianza de las gentes vulgares y el popularizado mote de Bernardito.

Después de esta polémica, la última de su agitada labor periodística, no vuelve a aparecer Larriva en pública palestra. Aca-so el mal que lo minaba lo retrajo fatalmente. Murió el 21 de Febrero de 1832. Solo *El Mercurio Peruano* algunos días después de su muerte dedicó algunas líneas a su memoria. Un leal amigo suyo, don José Pérez de Vargas, escribió una elegía en su recuerdo.

IX

Fué Larriva un espíritu inquieto y desadaptado. Se había ordenado sacerdote, sin particulares inclinaciones religiosas. Fué

[32] *Mercurio Peruano*—Nº 910—15 de Setiembre de 1830.

educado para la colonia y le tocó vivir en república independiente y anárquica. De ahí las contradicciones de su carácter y de su conducta. Presbítero, se negó a celebrar misa, por considerarse indigno de ese ministerio. (33) Hombre de gran inteligencia y de elocuente palabra, extraña que no figurara en las primeras asambleas republicanas. Un biógrafo (34) dice que se negó siempre a aceptar cargos públicos y distinciones honoríficas, pero en cambio se encuentra su nombre, a cada paso, en las cuentas de gastos de los ministerios.

En su trato era áspero e irritable. Había que tratarle íntimamente, para conocer los privilegios risueños de su espíritu. Si en política tuvo contradicciones en la amistad probó lealtad y consecuencia: su afecto invariable para Sánchez Carrión es un bello testimonio. Era sin embargo desigual y mal humorado; había en su psicología algo de hipocondriaco. Debió sufrir alguna afección crónica de la que provendrían sus malhumores lunáticos. En el elogio de Bolívar, una nota hace constar, a la mitad de la alocución, que el orador no pudo continuar porque le sobrevino una fuerte convulsión. Palma dice que cojeaba a causa del reumatismo. Por algunas alusiones creo además que fuera bisojo. Fué, pues, poco favorecido en su figura física, a lo que él agregaba su escéptico des-cuido. Cortés alude al desorden de su habitación, en la que se confundían libros y papeles, y al desaliño de su persona.

El pincel pudo habernos transmitido la original figura del satírico, como la del sonriente Renán, exhibiendo en el vestido y en las uñas su ironismo de clérigo y su despreocupación de sabio.

X

ALGUNAS RECTIFICACIONES BIBLIOGRÁFICAS

Las obras de Larriva fueron reunidas y publicadas en 1864 por el coronel don Manuel Odrizola en el tomo segundo de la Colección de Documentos literarios del Perú. Reproduce esa edición algunos periódicos escritos por Larriva, poesías, diálogos, un curso de geografía y algunas oraciones fúnebres.

La compilación de Odrizola adolece de graves errores y de omisiones.

Omisión indisculpable es la de no haber hecho constar las fuentes de donde extrajo sus materiales, o las razones que tuvo para considerar algunas producciones como de Larriva. En obra

(33) *Parnaso Peruano* por José Domingo Cortés—Valparaíso, 1871—página. 340.

(34) Dic. Hist. Mendiburu—Tomo IV, pág. 387.

publicada por don José Toribio Polo (35) se consideran como pertenecientes a don Bernardino Ruiz muchas de las poesías que que Odriozola atribuye a Larriva. Como ninguno de los dos eruditos se dió el trabajo de señalar las fuentes, la cuestión es hoy difícil de desentrañar. Me inclino sin embargo a lo que resulta de la edición de Odriozola, tanto por ser posterior en dos años a la de Polo, como por la índole satírica de las composiciones. Aparecieron las más de ellas en el *Investigador*, que se editaba en la imprenta de don Bernardino Ruiz, pero en el que Larriva colaboraba en primer término, por su influencia con el editor. Además la autoridad de Polo es discutible. En esa misma colección considera algunas otras poesías, poniendo una nota en la que dice que "cree" que son de Ruiz. Debíó bastarle la duda, para no considerarlas.

El más grave defecto es sin embargo la inclusión de un "Curso de Geografía de las cinco partes del mundo escrito por el presbítero don José Joaquín de Larriva, maestro en artes, etc." Dice Odriozola que Larriva se encontraba a la mitad de los trabajos de su obra cuando le sobrevino la muerte. Digo yo que sería a la mitad de otra obra de Geografía, pero no a la mitad de la que allí se incluye. Larriva falleció el año de 1832. La obra tiene continuas referencias a años posteriores a esa fecha, al "presidente don Ramón Castilla." y al secsenio como período presidencial, cosa establecida por la Constitución de Huancayo y que nuestro clérigo que murió bajo el pacífico imperio de la de 1828 no pudo alcanzar.

La fábula "La Araña" incluída también en esta colección, aparece en otra de los versos de don José Pérez de Vargas, poeta y latinista amigo de Larriva. No ha dicho Odriozola los fundamentos que tuvo para incluirla.

Entre las omisiones pueden apuntarse la de la hermosa necrología a la memoria de Sánchez Carrión, que podría llamarse una oración fúnebre (1825), la de los escritos publicados en el *Argos Constitucional*, si se quiere poner el título de obras completas y la de los innumerables y chistosos diálogos publicados en el *Investigador*, en el *Telógrafo* de Lima y el *Mercurio Peruano* (1827-1830) de los cuales sólo se han incluído dos.

Defecto de la edición de Odriozola es también la ausencia de notas explicatorias, necesarias en toda obra antigua, indispensables en una obra satírica llena de alusiones a hechos, personas y cosas desaparecidos. Tal como está hecha, la recolección de Odriozola, es ilegible por pesada e incómprensiva, y sería conveniente que se reimprimiese debidamente anotada y ampliada.

(35) *El Parnaso Peruano* por José Toribio Polo, Lima 1862

XI

De la obra de Larriva, se desprende que puede juzgársele como orador, como poeta y como periodista satírico. Trataré de dar una impresión ligera sobre cada uno de estos aspectos de su personalidad.

*
*
*

La oratoria de Larriva está toda influída por la mentalidad colonial.

La elocuencia colonial tenía dos tribunas eminentes reservadas para los grandes oradores. Eran ellas la tribuna de la Universidad Mayor de San Marcos en los días de recibimiento de virreyes o arzobispos y el púlpito de la Catedral en las grandes solemnidades de *Te Deums* o de exequias reales. La oratoria consagrada para esas ocasiones tenía necesariamente que ser afectada, adulatoria y servil. Pocas eran las veces en que el orador se mantenía en una serenidad independiente. En la mayor parte de los casos la hinchada y cortesana frase de los oradores se engalanaba con adjetivos pomposos en honor del dueño de la fiesta. Los más ilustres ingenios de la Colonia aspiraron siempre a llevar la palabra en tan lucidas ocasiones. Larriva, parece que llegó a ser un especialista en esta oratoria de relumbrón. Sus discursos participan pues de todos los defectos peculiares al género. Son afectados, eruditos, altisonantes. Abundan en ellos las exclamaciones pomposas, las interrogaciones y las dubitaciones insinceras. La hipérbole hace crecer cosas y hombres a esferas desmesuradas. Cualquier mediocre general español por el hecho de ser Virrey resulta más grande que Aquiles y más diestro en el arte de la guerra que César. Sus exaltaciones lo llevan muchas veces a las lindes del ridículo. En ninguna de sus oraciones llevó más lejos este afán de grandeza que en su elogio del Arzobispo Las Heras. Hay en ese elogio cosas que parecen dichas más por el satírico burlón que por el severo orador sagrado.

La frase de Larriva es generalmente corta y retumbante, de períodos fáciles. Abundan en ella las metáforas y los giros efectistas. El retruécano es su recurso frecuente. "Por mucho que su familia —dice a Abascal— haya honrado a VE. yo oso decir que VE. ha honrado más a su familia." (36) Sus comparaciones resultan a veces risibles, por afectadas. A la familia escogida para el nacimiento de Jesús la llama "oficina" donde debe realizarse ese milagro. Habla de "la economía" del misterio de la Encarnación y se imagina "a la Trinidad augusta acabando de tratar en el Consejo

(36) Doc. lit. del Perú--Odriozola, 1864, pág. 178.

eterno el grande asunto de la creación de María”, como si se trata-
ra de una sesión de la Real Audiencia. A veces lanza apóstrofes
que no sé si excitarían a devoción o a risa. “Santísima Virgen—
dice en el Panegírico de María—O vos habeis sido concebida sin
pecado o no sois la mujer que ha parido al Redentor.” Como ora-
dor sagrado carece de unción, de acento místico, de ascetismo.

Pero a pesar de estos defectos, Larriva fué uno de los primeros
oradores de su época. Lo atestiguan las preeminencias que se le
concedieron, designándolo para los elogios de Abascal y de Pezue-
la, para solemnes oraciones fúnebres en la Colonia, y en la Repú-
blica en dos ocasiones tan grandes como el elogio de Bolívar y la
oración por los muertos de Junín. Superior al ya octogenario Pa-
dre Calatayud, al canónigo Bermúdez, a Pedemonte, y a otros
que figuraban entonces, Larriva es entre los oradores cuyos discurs-
os quedan, el más sobresaliente. Sus discursos a pesar de su in-
sinceridad son atrayentes y debieron escucharse con deleitación
por un auditorio acostumbrado a esos giros. Hay en ellos fogosi-
dad oratoria, movimiento, variedad de imágenes y de tonos, armo-
niosa proporción en los períodos y en las partes del discurso. El
clérigo debió pronunciarlos con ademán ya solemne, ya arrebatada,
ahuecada la voz y amenazante el gesto.

Entre sus discursos tiene indudablemente la primacía el elo-
gio de Abascal, el más sincero de todos y el de frase más suelta,
corta y elegante. Entre sus sermones, el de la concepción de Ma-
ría tiene, a pesar de algunas oscuridades y exotismos de expresión,
párrafos de innegable belleza.

*
* *

Larriva fué orador por la educación que había recibido. Por
naturaleza era satírico. Tenía el don limeño de saber burlarse y lo
prodigaba en todo lo suyo. En sus escritos fué donde menos que-
dó de su festivo ingenio. La característica de su espíritu era la
agudeza y de ella hizo gala en su conversación llena de felices ocu-
rrencias y en sus improvisaciones efímeras. Improvisador fué
siempre, aún cuando escribió. No tuvo el afán de la forma, ni se
preocupó nunca de corregir sus escritos. De allí que no hubiera
diferencia entre lo que escribiera y lo que improvisara. El mérito
de su obra estaba en la oportunidad, en la risueña espontaneidad,
en la certera puntería de sus saetas. Su papel no fué muchas ve-
ces sino el del travieso que señala con el dedo al personaje ridículo
que los demás no se atrevían a mirar sino de reojo para guardar
su seriedad, el del irrespetuoso que da la señal para la hilari-
dad.

Por esa momentaneidad de su obra se explica que esta no presente fuertes contrastes cómicos, ni chistes que hagan reír estrepitosamente. Toda su gracia estuvo en la oportunidad y en la forma. Sus composiciones hacen reír por el tono burlesco, más que por la burla misma, por el desenfado con que las cosas están dichas más que por la ridiculez de las cosas en sí. La festividad de sus versos consiste la mayor parte de las veces en la fuerza burlesca del consonante. De allí que en una manera que le era frecuente, reuniera en sus versos disparatadas frases, retahilas de palabras jocosas sin preocuparse del sentido sino de la comicidad que resultaba de rimar tales despropósitos. Un ejemplo de esto nos presenta en las profecías del cojo Prieto, donde ese personaje se expresa así:

tambora de retreta
betún de zapatero
y sarten de mondongo de un pulpero
beata manflorita
zapallo sin pepita
renacuajo de estero
no conoces que soy un caballero
de la primera guisa
sin embargo de no tener camisa
yo te aseguro, rana con moquillo
mampara sin pestillo
juicio final con patas
nido de garrapatas
perol de boticario
y fascitol portátil de arbolario;
que si yo no mirara
que aquella linda cara
que tuviste en tiempo de Pilato
te ha conducido a darme este mal rato
salieras en la suerte.....

O esta otra enumeración por el estilo:

Siga Ud. ño cojete
cojo y recojo, cojo con bonete,
cojo con muletilla
cojo y cojín con sudadero y silla,
cojo requiem eterna
coján. cojín, cojón sin pié ni pierna
palitroque cojito

muleta de costilla de mosquito
mísero monigote,
cojo desde los pies hasta el cogote. (37)

Con esta técnica no podía ser muy culto el estilo de Larriva. Tiene por el contrario esa crudeza y desenvoltura, esa picardía heredada de los españoles que crearon el género picaresco en la literatura.

Llevado por la rima escribe sonrientes inconveniencias. Las más de las veces el anónimo de sus versos era la causa de que no cuidara mucho sus términos. Larriva muestra por eso el contraste de ser más pulido en la prosa que en el verso.

Lo mejor que ha producido Larriva, entre sus poesías satíricas, es sin duda La Angulada, poema que escribió para combatir a su víctima favorita don Gaspar Rico y Angulo y que ha sido elogiado por Menéndez y Pelayo. (38)

La Angulada es un poema del género heróico cómico en doce cantos, pero del cual no hay publicado sino la invocación y el canto primero.

La invocación se dirige a "Tito Livio Emperador de los Romanos", que según se dice fué el inventor de las bolas de lotería en las fiestas del circo:

Presta pues acogida favorable
o sucesor de Rómulo y de Numa
a un rasgo de mi pluma
a que tienes derecho indisputable
y yo en pago Señor te pronostico
que serás tan eterno como Rico.
Y que si antes te ha dado gloria tanta
la gran conquista de la Tierra Santa,
ha de darte desde hoy más nombradía
la invención de la nueva lotería;
pues hablando, Señor, sin disimulo,
te honran más esas bolas de madera
con que elevaste a superior esfera
al inmortal Angulo,
honor y gloria de los países godos,
que esa espada de acero y esos bríos
con que en el sitio que sabemos todos
hiciste pedir pita a los Judíos.

(37) Doc. lit. Odriozola, págs. 172 y 173.

(38). Autología de poetas hispano-americanos. Tomo III pág. CCXXX

Con igual facilidad y gracia inicia su poema anunciando las glorias de su héroe,

De aquel que con el ruído
de su nombre que va de zona en zona,
tiene atónito al orbe, y aturdido,
y a quien la fama sin cesar pregona
con tal fuerza y tesón que cada día
rompe un clarín, trompeta o chirimía.

Hasta las imágenes son en este poema, desgraciadamente trunco, risibles y sarcásticas, como convenía a composición de su género:

Me brincan las ideas y me saltan;
cosas muy grandes sin cesar me fluyen,
y los versos así de ciento en ciento
entre mi cráneo bullen,
cual bullen los frijoles,
cuando hierven las pailas o peroles
en la cocina de cualquier convento:
o bien, cual los gusanos en la fruta,
o en un queso podrido de Calcuta. (39)

La Angulada, debió escribirse por el año de 1821, año en que culminaban contra *El Depositario* los ataques de Larriva y es la más clara muestra de su ingenio, de su facilidad para el verso y de su desenvuelta ironía.

Con dos o tres composiciones como la Angulada que tan fácil le hubiera sido escribir o con la publicación íntegra del poema, que se asegura estaba terminado, la reputación literaria de Larriva no se hubiera oscurecido con el tiempo, y hoy se le podría considerar nuestro primer poeta cómico. Prefirió malgastar su agudeza en improvisaciones o en versos que su despreocupación no se encargó de conservar.

* * *

Las dos formas predilectas de la sátira de Larriva son la fábula en el verso y el diálogo en la prosa. De sus fábulas, escritas ad-hoc para ridiculizar a sus enemigos, quedan pocas. Sus diálogos abundan en cambio y denuncian al satírico mordaz. En manos de Larriva el diálogo era una forma muy eficaz. Dos individuos

(39). Doc. lit., Odriozola, págs. 62, 63 y 65.

se ponen generalmente a conversar sobre las cosas del día. Difieren porsupuesto de opinión y discuten, haciendo lujo de ingenio, con ese arte sutilizado y escolástico de la dialéctica colonial. De resultas de la conversación no le queda porsupuesto al personaje o asunto de ella parte sana. Otras veces uno defiende a la víctima, pero es para ser desarmado y vencido con más gracia por su adversario. Esa era la manera característica de Larriva. Se encontraba en su papel cuando rebatía. Tenía necesidad de sentirse atacado para demostrar todo su ingenio. Por eso era célebre y temible en sus polémicas. Sabía sacar de las respuestas contrarias fuerzas y argumentos irrefutables.

La mayor parte de los ataques de Larriva fueron literarios. La política no había adquirido todavía el interés vital que en años después. El había nacido, por otra parte, bajo el régimen colonial y no estaba hecho sino al respeto del gobierno constituido.

Como crítico literario fué dogmático e intolerante, especialmente con los escritores jóvenes. Sus críticas se redujeron a rígidas correcciones gramaticales hechas con criterio estrecho. Dan la impresión de una serie de palmetazos repartidos a torpes discípulos por un dómine indignado. Nimiedades, detalles fútiles, estrecheces gramaticales le sirven de punto de partida para largos discursos rebatidores y no siempre ingeniosos. Las víctimas no merecían muchas veces el honor de una crítica. Por más que él dijera alguna vez

Solo tomo la pluma del tintero
para batir a críticos agudos.
Para espantar empero a los zaucudos
de la pluma en lugar tomo el plumero. (40)

fustigó siempre a pobres diablos literarios, a estudiantes carolininos, a espíritus desequilibrados, maniáticos de la literatura. Su víctima más encumbrada, y a la vez más injusta, fué don Felipe Pardo. En crítica literaria don José Joaquín de Larriva es un antecesor ceñudo de don Antonio de Valbuena.

XII

Larriva es un precursor del peruanismo literario. Su personalidad es el eslabón entre la vieja risa de Caviendes y Terralla y la burlona zumba de los primeros periodistas satíricos. Su obra marca la transición.

(40) "El Telégrafo"—Nº 22—10 de Mayo de 1827.

De la Colonia guarda todavía rasgos característicos. Es un repentista a la manera de aquellos ágiles ingenios que careciendo de prensa en que expresar su pensamiento, le daban a raíz de un suceso las alas de la rima para que volara por toda la ciudad. Los versos de Larriva circularon así de boca, en boca o manuscritos, como los del viejo poeta de la Ribera. De la colonia le quedaba todavía el afán didáctico, la prosa farragosa, el fabulismo enfadante.

A la vez su obra presenta modalidades nuevas. Si en política fué un retrasado, en literatura, es el primer republicano de la sátira. Amolda este género literario, para el que la raza tenía disposiciones ingénitas, a las nuevas condiciones de vida. Decretada la libertad de imprenta escribe el primer periódico satírico, *El Cometa*, al que seguirían *El Investigador*, *El Nuevo Depositario* y otros menores. Del tipo de *El Cometa* serán los subsiguientes periódicos satíricos. Con el tiempo el periódico satírico, constituirá un género literario peculiar, autóctono e insustituible. La hoja satírica hará su risueña aparición en horas de algida lucha para convertirse, indistintamente, en atrevida barricada de papel contra el tiranuelo de turno o en diatriba incontenible contra gobernantes honrados. El periódico satírico marcará siempre un grave momento de la vida nacional. *El Penitente*, *El Limeño*, *El Periodiquito*, o *El Coeo de Sta. Cruz* los agitados días de Salaverry y la Confederación. *El Intérprete* de Pardo, las ansias de la Restauración. *El Murciélagu*, en su larga y accidentada vida, la reacción contra las dictaduras de Castilla y de Prado y el odio acerbo a Chile en los días de la guerra nacional. *El Chispazo* la censura a un régimen repudiado. Y *El Mosquito* en nuestros días, de la misma cepa criolla y desenfrenada, el odio al caciquismo plutócrata. Y desde Larriva hasta Alcorta, la misma incapacidad para el gobierno desde arriba, combatida por la misma agudeza ineficaz y la misma sonriente y atrevida procacidad desde abajo.

Como Swift, como Rabelais y el Archipreste de Hita, en extrañas literaturas, Larriva será siempre un viejo abuelo de la sátira nacional. Y en gracia al ágil ingenio de sus octavas, a la agudeza de sus improvisaciones, al regocijo de sus listines de toros y a la perenne fiesta de su pluma satírica, habrá que perdonarle sus pueriles intransigencias y su retardo patriótico, como a los abuelos venerables se le disculpan sus regaños inútiles y los achaques del reuma.

